

Camino al delito (Cap V, Parte I)

Daniel Vasquez Salas



Capítulo 1

V

Mi tía Elvira me hacía un jugo de frutas, seis de la mañana, debía alistarme para asistir al trabajo. Suerte la mía, encontrar un trabajo sábados a domingo. Gracias a Giampier, un amigo de confianza. Me dirigí a mi tía, bebía agua, en medio del comedor sala se encontraba el único cuadro de pintura añeja de mi abuela y mi abuelo.

—Has dormido bien, esta vez, hijo.

—Sí, tía. Estoy mucho mejor.

—Has pensado qué hacer, también. —Se indispuso sus ojos hacia mí. Ella evitaba cuestionarme.

—Por ahora no lo sé. Creo que regresar a España estaría bien. Estar con mi mamá también.

—Sí. Ya me propuse ir allá primero. Luego trabajando te compraría tu pasaje. Con un préstamo desde el primer mes es posible.

—No quiero hablar de eso ahora, tía. No quiero renegar.

—Ya, hijo. Toma tu jugo.

—Gracias.

Pensaba mucho en mi abuela que se encontraba en Ayacucho. Pobre abuelita, pasando toda esta maldita pobreza toda su vida. Lo misterioso de ella, que ahora pudiendo tener una estabilidad no dejaba de cacarear la pesadez de los días. Ahora yo no estaba atrás, estaba esperando, construyendo, reordenando las piezas. Se trataba de esperar, de tiempo, viajar a España, mudarnos a Francia con mi prima y Azucena; volver con dinero aquí, iniciar el proyecto de construcción de la casa, comprar herramientas de expropiación más adelante. "Esperar no debe ser tan mal." Me detuve a mirar el cuadro de mis abuelos. "¿Yo estaba equivocado?"

—Azucenita viajará a China a hacer estudios temporales, a Estados Unidos, en setiembre. También podrá ir a Portugal. —No los necesitaba cerca.

—Que bueno, tía, se lo merece. —Mientras mamamarci esté lejos de mí.

—Antes de venir aquí investigaba sobre una universidad cerca a casa, en el País Vasco. Excelente para ti, tiene filosofía y literatura. —Mi tía y mamá también lejos.

—Puede ser, tía. Créame que ahora eso no me anima. No me gusta mucho el estilo de vida de allá. Creo que de ningún país. —Debo alejarme de ellas, será lo mejor.

—Tienes que expandirte, hijo, ver más allá. No seas cerrado. —Mi tía limpiaba la cocina, encendía las ollas. —Te haré sopa de verduras.

Recordé esa angustia, ese cuchillo, el insomnio; ninguna madre estaría orgullosa de un hijo desadaptado. Sentía la culpa en mis labios pasearse a la garganta, luego a las fosas del estómago. No quería suicidarme aún, yo no podía irme de aquí aún, no saboreé algunos delitos que me llamaba, me llamaba la naturaleza a probarlos, no era una cuestión de desvío mental como dictaba las clases minuciosas en Derecho penal y su argumentación de psiquiatría forense o psicología clínica. El tedio no lo cura el dinero. "Solo deben estar lejos de mí y no saber nada de mí."
—Me iré al trabajo. Cocíneme algo rico, tía, antes de tu viaje por siempre.
—¿Qué quieres comer, hijo? —parecía que se acostumbrase a mis discursillos difíciles.
—Lo que plazcas.

Gianpier, un amigo punki me pasó la voz de un trabajo muy fácil, como el describía. "Puro hueveo, Daniel, justo para ti." Empleado de juegos mecánicos dentro del parque Huáscar de Villa el Salvador.
—Dice que se puede cutrear, Bobby, tú que opinas.
—Guao, guao.
—Nunca puedes decirme nada más que tus ladridos, tonto. —Cogía el bus todos los fines de semana a las siete en punto.
—Tía, te traeré algo para comer, sí.
—Ya, hijito. Comprate tu almuerzo, no te olvides. No seas tacaño contigo mismo.

Me pregunté obsesivamente: ¿esto es lo que significa trabajar? "Qué carajo estoy haciendo". Me sentaba al borde de la red de entrada, tenía mis revistas anarquistas, los pensamientos en mi diafragma, "malos días", familias pasaban, al medio día se llenaba la mierda esa. Una pareja de trigueños poco acicalados:
—Cuanto está, joven.
—Cinco soles, señores. Buenos días.
—Una vuelta, por favor. Ven, Diego. —La mujer corrió tras el pequeño Diego.

Que aburrido, pensé, aún ganando dinero fácil. "No me gusta, no siento placer." No sentía en lo mínimo ningún placer. Y le colocaba el chaleco de seguridad al pequeño.
—Haber, Diego, con esto frenas, con esto avanzas. Suerte.
—Gracias, señod'.
—Es un chico muy alegre —le dije a la mamá. —¿No quisiera que le tome una foto y ustedes delante?
—Sí. —Ambos padres se miraron. Recordé a mamá.
—Allí, quietos. —El amarillento día me calaba el cabello. —Sonrían, padres.

Me agradaba atender a los niños. Veía la cara de Yago Sotelo, Flavio Miranda, los hermanos Peña y las niñas abandonadas en villa cuando montamos la biblioteca con Alonso, Diana y Roberto.

—Gracias, joven, muchas gracias. —reían los desgraciados.
—Gracias a ustedes, señores. —Hay que responder a una sonrisa con una igual.

Ser un fracasado, quizá era lo mejor que podría hacer. Ser un fracasado en la historia humana y sus alambradas asirse a todo lo que parecía vivir. Ser un fracasado quizá era lo mejor. Que, acaso, buscar reconocimiento. “Para qué es todo este montón de mierda”. Llegar a casa, la felicidad creando una neblina, un frágil y sentido de pertenencia. Las tías y la abuelita felices de poder llegar a ese objetivo trazado por años de progreso y esfuerzo y trabajo y más mierda.

—Joven, puede regalarnos unos minutos más. —Un padre joven, me recordó a Alonso.

—Señor, yo le regalo cinco minutos más, pero deme la tercera del costo ahora, en mis manos. No le pague a la boletera

—Gracias, amigo.

La palabra me hacía sentir un poco mejor. Como siempre, darle la contra todo lo que se mueve delante de mis ojos. Los otros juegos mecánicos, el tobogán, la zona elástica. La fila de niños esperando jugar y yo, el papa Noel, regalándoles minutos y llenándome el bolsillo izquierdo de monedas que nadie de los empleados sospecharía. “Los dueños solo vienen unos minutos y se largan, no hay cámaras de vigilancia.” Satisfecho, almorzaba, y todo lo que vendían era carne frita, asada, volteada o en sopa. Mi dieta quebraba los fines de semana en el trabajo. “Gian es un loco para trabajar en esto”. Gian estaba justamente prendido de su celular, con la cara inmóvil, bromeando con las empleadas gordas. “Por qué las trabajadoras son gordas”, me pregunté, y entendí porque el trabajo era flojo, fácil y sin planilla y ni aumentos, escalafones o vigilancia. “¿Esto era todo?”, con razón existe tanta delincuencia. Esta vida es pútrida.

—Hola, Claudia. Tengo mis treinta soles de sueldo y treinta soles extra que le quité al dueño. Je,je.

—Oye, ten cuidado, te pueden denunciar, amor.

—No te preocupes, no hay cámaras y prueba alguna. Lo aprovecharé mientras pueda. —Eran las siete de la noche.

—Ay, amor, estás loquito. Pero ya podremos salir a comer algo rico.

—Mi amigo Giampier cómo puede vivir de esto. En serio, cómo pueden vivir así todo el jodido mundo.

—Es lo que tenemos, como tú dices. No tenemos opciones a veces.

—Siempre tan serena y atenta.

—Nos vemos el jueves, nena. Voy a tomar mi carro.

Cogí mi bus, el repiqueo, los olores, la gente preocupada, el malestar general, la inseguridad. Todo como siempre, era lo mismo como la universidad. No había ningún sentido emprender esta empresa nueva. “Cualquier idea se iría a la mierda”, y me sentía algo más divertido al quitarle al dueño dinero que se materializaba en todo el tiempo que me

hacía perder gratuitamente.

—Daniel, me voy donde tu abuela en un mes. Me quedaré hasta vender dos lotes de esa propiedad.

—Ya, tía. Es lo mejor. —Así que me quedaré solo una temporada.

—¿Cómo te ha ido?

—Excelente. Los niños me agradan. Podría vivir así para siempre. —Una temporada de infierno.

—Siempre te han seguido los niños desde que eras pequeño, mi hijo.

¿Qué has almorzado? —El dueño ni cuenta se daría, qué idiota.

—Basura cárnica. —La cena era una sopa de verduras que estaba riquísima. Nunca antes disfrutaba así. —¿Y a cuánto van a vender los lotes?

—No lo sé, hijo. Pero están demás esos terrenos. Tenemos que invertir en construir la casa, viajar, estudiar, etcétera. —A los ricos les va tan bien, conchesumadre.

—Ah, ya. Bueno, como quieran.

—No pareces emocionado, hijo. Volverás a España. Viajaremos mucho.

—Creo que debería robar productos de supermercados. Es tan fácil. Ese trago verde era tan delicioso. Necesito beber y no puedo beber los mismos licores baratos.

—No me interesa, tía. Solo quiero curarme y estudiar otra carrera.

—Llamaré a Kenny y Sandro. Son unos viciosos de mierda.

—¿Cómo está Claudia? Ya no viene hace mucho a casa.

—La veré esta semana.